

THEOMAI n° 23
primer semestre 2011
first semester 2011



El proyecto de hombre nuevo. Ética para la sustentabilidad: un límite para el neoliberalismo

*José David Lara González**

I can see your house from here
 beyond the realms of death
 beyond the sun and facing god
 the good Earth

SOCIEDAD SISTÉMICA Y NATURALEZA

La humanidad a raudos pasos en el último siglo impactó de manera extraordinaria el mismo mundo del que depende (Odum, 1987) y el único que habita. La impactación es tan elevada que por primera vez las modificaciones realizadas sobre la naturaleza implican una amenaza no sólo para el devenir de todos nosotros sino hasta para nuestra sobrevivencia como mera especie biológica (*Homo sapiens sapiens*), sin caer necesariamente en elementos alarmistas o tonos catastrofistas desmedidos. El nivel de intervención del quehacer humano sobre los (eco)sistemas involucra hoy el propio proceso evolutivo de

nuestros grupos sociales y sus formas de organización tanto productivas como de “simple” reproducción.

Dominada la historia reciente de nuestro mundo por ideologías y ansias de poder, se van imponiendo modelos de vida dirigidos a la creación y acumulación de riquezas: la crematística en plena marcha. En este afán el ser humano lucha consciente e inconscientemente por dominar a la naturaleza y gobernarla, por adueñarse de ella y por generar expectativas de vida (sobrevaloradas) para extasiar a las masas y poder manejarlas a modo, siendo conducido en ello por las preceptivas de los sistemas existencial y productivo impuestos. En esta lucha la humanidad, quizás sin darse cuenta, artificializa su existencia día a día y se aparta cada vez más del mundo natural, pese a depender absolutamente del mismo, haciendo válida de un modo u otro la máxima dada por Pascal desde el siglo XVII, algo así que: como la naturaleza se ha perdido, todo puede ser natural; entonces se estaría dando “avance” a una nueva concepción de la naturaleza, claro está.

La distancia entre sociedad y naturaleza se amplía, el hombre se enclaustra en ciudades “desnaturalizadas” y ve a la naturaleza como algo ajeno, como una “cosa” extraña a él y potencialmente peligrosa: la furia de una tormenta o el inesperado calor sofocante de un verano son mucho menos “operables” que el clima artificial de su auto, de su casa u oficina. El sol puede generar cáncer de piel o cataratas, en cambio la lámpara de luz solar puede producir un bronceado “perfecto” y no riesgoso.

Se va creando una animadversión al “mundo exterior” y los modelos de existencia promovidos por el sistema de competitividad-consumismo, terminales del neoliberalismo, refuerzan las ideas y sentimientos de que la naturaleza debe ser domeñada y usada al modo que mejor convenga, se supone de antemano que para “eso” está la naturaleza.

Poco a poco nuestras sociedades se fueron transformando en permisivas, además de las otras características peculiares que presentan, como las comentadas por Llano (2004): compulsivas, impersonales, hedonistas, anárquicas. En aras de recrear condiciones de libertad, la disciplina se fue relajando y hoy prácticamente el que quiere lo puede todo ...nada mal para un ejercicio existencial humano. El problema aparece cuando esa alta permisividad de nuestra época no va acompañada de una mentalidad suficientemente encaminada al progreso social-moral-espiritual, mentor histórico de lo humano.

En el último siglo se avanzó como nunca antes en el conocimiento científico y en la tecnología, pero el mismo avance no se dio en las conciencias. La vida se “materializó” (Bauman, 2006 y 2007) vaciándose en lo espiritual (Toledo, 2003). La espiritualidad se contrajo o se desvió, incluso en algunos casos desapareció. Se vive para “gozar la vida”, vivimos en la “era del entretenimiento”, tenemos ahora mil formas distintas de “matar el tiempo” sin enterarnos bien sobre lo que el mismo tiempo es y su valor real no económico. Se pueden hacer hoy tantas cosas que antes eran imposibles para divertirnos y desarrollar nuestras vanidades. Hay industrias “completas” para la diversión y la vanidad; pero también tenemos “industrias” de la guerra y de la criminalidad organizada (o no) a grados verdaderamente inéditos. La “industria del secuestro” es un ejemplo de ello, otro el “universo” de la pornografía-prostitución, otros más la “industria” del terrorismo y la de la tortura “científica” y así.

ECONOMIA, DESARROLLO, MODERNIDAD, PODER

En determinados momentos algunas voces surgieron señalando nuestra loca y acelerada carrera hacia un destino ciego y descontrolado, “sin brújula” (Castoriadis, 2002). Hubo quien se dio cuenta de que el enorme crecimiento poblacional discriminado y la tremenda acumulación de riquezas en unas cuantas personas, estaban siendo impelidas por el capital en sus distintos modelos generadores del paradigma actual del neoliberalismo, circunstancias que debían tener un costo y por lo tanto, los mismos sujetos y/u otros reclamaban un plan-programa para resistirle, en una resistencia como la planteada por Sabato en su obra “La Resistencia”. Se veía que ese costo podía ser social, pero también ecológico y ambiental. Esas voces fueron poco escuchadas y por si ello no bastara, aun hubo otras voces que por un lado cuestionaban esos señalamientos y, por otro, los refutaban bajo ciertos paradigmas (más bien paradogmas) asentados en trabes “científicas”. El sistema impuesto ha sido muy fuerte y aun con críticas en contra ha sido operado tal cual.

Siendo la economía la actividad que rige la vida de nuestras sociedades, los problemas de conciencia y/o espiritualidad han quedado muy atrás en importancia comparados con aquellos de índole económica y productiva, ulteriormente dados a la productividad extrema y al consumo exacerbado. Desde la óptica del mundo economicista se ve al hombre como un productor a la vez que consumidor y en el colmo se lo tasa como una mercancía más: es lo que hoy se señala como el “prosumidor” (productor-consumidor; Islas, 2008). Como parte del sistema económico impuesto el hombre es fuerza de trabajo y herramienta. Somos “recurso humano”; no somos seres humanos desde la lógica del mundo economicista, mundo y lógica que gobiernan nuestro día a día y más.

A mediados del siglo XX surgen las ideas del desarrollo (Sachs, 1996) y su anexo (indeseado) el subdesarrollo. Se piensa que para que el mundo sobreviva, debía a como diera lugar, asegurarse un modelo de crecimiento económico que tarde o temprano, directa o indirectamente llegaría a repercutir en todas las sociedades y en los diferentes estratos o clases de éstas, para con ello generar mejores niveles de vida. Aun no se manejaba una preocupación por la calidad de vida de los grandes conglomerados humanos.

Se argüía que la forma de vida basada en una economía permanentemente creciente era suficiente para superar, si no todos los problemas de las sociedades, sí los principales. No se palpaba la irremediable vinculación de la vida social y productiva con el mundo natural menos con el ambiente, un concepto todavía ahora en definición. Se creía que todos los pueblos tenían un solo e inevitable camino destinatario: el desarrollo. Un desarrollo fincado a manera extrema y prácticamente en exclusiva en los manejos de la economía. Si la economía era sana, entonces necesariamente el pueblo debería ser sano también. El bienestar de los conglomerados humanos debería ser manifiesto dado un sistema económico crecido y en crecimiento. Se volvió ley económica y de vida que el desarrollo económico significaba la riqueza de las sociedades y una existencia humana verdaderamente digna.

La centralidad de los países “ricos” (en sus economías) se tomaba por ley natural e histórica (si no que hasta “divina”) y entonces eran ellos los que podían ordenar la evolución de los países periféricos o “pobres” (económicamente hablando). Estos países “subdesarrollados” debían “modernizarse” básicamente adoptando los ejemplos de los países dominantes y siguiendo las directrices dictadas e impuestas por ellos. Así, poco a poco se fue generalizando la industrialización por todo el orbe (Sachs, 1996). Se crean las condiciones para la “occidentalización” de la vida. Nos vamos “modernizando”. Se van homogeneizando las culturas. Se discrimina a lo local o tradicional por opuesto al “cambio”, por opuesto a la modernidad, por retrógrado y lastrante. Se nos enseña a ser “serviciales” con los dueños del capital, sumisos y hasta admiradores y agradecidos de ellos, pues sin ellos seguiríamos viviendo en el campo (cosa fea, horrible y “muy evitable”), en el pueblo y no en estas grandes y anonimizadoras ciudades (donde podríamos “lanzar la piedra y esconder la mano” más fácilmente), llenas de atractivos para el consumo y la satisfacción de todas nuestras necesidades comunes y de aquellas que seamos capaces de inventarnos cada día (mediando el volumen de nuestro bolsillo o los muy modernos “capacidad e historial de crédito”).

Se nos domestica empleando todos los medios masivos de información (que no son necesariamente de comunicación) y se hace de la cultura una cultura de masas. En ello hay un vector implicante que asume a la mera cultura ya en términos de lo masivo para pasarlo a otros que pertenecen a lo industrial: como lo señala Eco (2009) la cultura de masas es un hecho industrial y como tal tiene las características de lo industrializado. Así pues, la cultura se desvía de sus formas más tradicionales para entrar al industrialismo del mercado neoliberalista y se hace una mercancía más, con un campo muy vasto.

Se diseñan estrategias desde el centro para crear programas de educación que rindan culto al progreso económico, nueva deidad máxima del nuevo mundo materialista en el que se nos adoctrina no sólo para aceptarlo y adoptarlo, sino para creer en él y luchar por él. Para dedicar nuestra vida a él. El progreso de paradigma se hizo paradogma, sí un dogma más.

Se nos implican valores del mundo terrenal y se rescatan aquellas viejas ideas de alcanzar la perfección cuando estemos muertos, cuando estemos en el “otro mundo”, pues en este sólo estamos en una transición a etapas superiores que nuestra “simple” humanidad no es capaz de comprender dadas nuestras extremas limitaciones como individuos, incompetentes para elaboraciones privilegiadas para aquellos “iluminados” que nos señalan lo que somos tanto como lo que debemos ser, sentir y pensar.

Ocuparse por el día a día pero no por el futuro mediato, salvar la vida propia y la de nuestros consanguíneos aunque sea en desfavor de los demás. Pensar en el aquí y el ahora, saciar la sed del momento aunque mañana no se tenga más. Hedonismo cotidiano (Llano, 2004), esfuerzo mínimo, vida fácil, “el mundo es nuestro”, son la “filosofía” sobrenadante en el medio. “Somos los reyes de la creación”; nuevos demiurgos de la Creación (Torres, 1999). Agotar no es malo pues ya habrá sustitución (la reposición, la regeneración está descartada: craso error histórico). La familia se disuelve pero es necesario y además es lo “moderno”. Los jóvenes (y no tan jóvenes) viven “ardorosamente”. Se consumen cantidades crecientes y desconocidas de drogas (cada vez más diversas y potentes tanto

como riesgosas y aditivas-adictivas) para aligerar la realidad, para esquivarla, para no enfrentarla: más bien para suplantarla.

La vida se vuelve una “celebración” continua, festejamos todo y con todo. Coleccionamos todo. Amamos a quien sea o entregamos nuestra sensibilidad, sentimientos, sexualidad, intimidad a cualquier persona desconocida sólo por el placer de ser o para “vivir el momento”. Crecen los ejércitos de prostitutas y prostitutos. Criamos niñas y niños para satisfacer los placeres siniestros de gentes-mentes siniestras en el inmoral-ilegal mercado pederasta-pedofílico. Creamos el inefable placer del cine *snuff*. Inventamos el sexo y el “amor” virtual por la Internet..., en fin, somos capaces de eso y más. Total que más da, si el día de mañana no sabemos si aún estaremos vivos. La oportunidad es hoy, la libertad también. Ahora soy y estoy, mañana no lo sé y, como sólo tengo una vida, entonces debo aprovecharla al máximo y sobre todo gozarla. Gozar la vida es nuestro sino, para eso “Dios nos dio la vida”.

Se nos induce fuertemente a ser competitivos, ser “mejores” que los demás que más bien obedece a ser “superiores” a los demás. Ser el más rápido, el más fuerte, el más experimentado, el más rico, el más exitoso, el más conquistador amoroso-sexual, el más consumidor, el más capaz de salirse con la suya, etc. Competir-competir-competir: no el ser competente.

El que no es el mejor es un perdedor, así nuestras sociedades se tornan un complejo-conglomerado de “perdedores”. Ser perdedor es estar perdido, el “perdedor” no justifica su vida y puede despedirse de ella, no es “útil” al sistema plagado-atiborrado de pragmatismo-utilitarismo. Los “mejores” son exitosos, famosos, públicos, reconocidos; los demás son nada, son anónimos, seres fútiles, castrados física y mentalmente (sin importar el género). La vida es una gran competencia, es el “gran concurso-escenario” y el vencedor lo obtiene todo, los vencidos merecen la extinción...y esto se va legitimando poco a poco, a veces, otras acelerada-drásticamente.

Se nos inculca el valor del poder y su respeto incluso por “política” (Cervantes, 1991). El que “puede”, el que tiene el poder es libre, el que detenta el poder hace lo que le place y si se equivoca, no importa, pues hasta sus errores son “lecciones” para los demás. Tenemos que idolatrar al poderoso, tenemos que servir al poder. Todo aquel triunfador detenta un poder y se gana el respeto y admiración-adoración del resto, de “la plebe”. El poder mistifica a su portador. El poderoso trasciende hasta la historia. Para el poderoso no hay reglas: las reglas las inventa él para los demás y es arbitrario. Ser poderoso es parecerse a Dios y jugar a serlo.

Igualmente, “ser” Dios es jugar con la vida donde este juego que puede llegar a su contra-límite o sea, a la muerte, es también un poderoso juego del poder ya que lo biológico y la propia biología no son ya metas de conocimiento, metas por el conocer o el saber sino la prueba y demostración de actos de poder: una expresión ya no de necesidades humanas o del deseo de saber acerca de ello, más bien un real (¿verdadero?) deseo de poder (Testart y Godin, 2002). Más y más poder y su deseo que lo retorna más deseable aún: apuntando casi linealmente como dice Foucault (1998) a la consagración de la acción concreta del poder sobre la vida. (¡Vaya poder!).

MATERIALIDAD E INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Las circunstancias anteriores se ven reforzadas por el tener, por la capacidad de compra, la capacidad de adquisición, de apropiación, la capacidad de rodearse de todo aquello que nos fomenta la sensación de que al tenerlo somos mejores que los demás, triunfadores, vencedores y esto “asegura” que la incertidumbre quedará lejos de nuestras vidas. Al obtener todo tipo de “satisfactores” ya no le estamos permitiendo al azar el que pueda golpearnos y certificamos así el “éxito” de un devenir rico, próspero, feliz, gozando de la admiración, reconocimiento y respeto de los perdedores (que son millones y miles de millones). Logramos con nuestra materialidad, con “apretar unos botones”, una vida plácida en la que podemos enfrentarlo todo pues somos bien pagados de nosotros mismos y jamás damos un paso atrás, jamás dudamos y nunca nos tiembla la voz ni la mano. Incluso ahora podemos ser benignos, magnánimos y si queremos nos volvemos “padrinos”, apadrinamos a otros seres que por definición son inferiores al vencedor: “El Padrino”.

Si bien vivimos en la era de la electrónica, la edad de las pretendidas máquinas inteligentes, la época de la Internet, del mundo en la mano (“en la punta de los dedos”), de la ropa, casas, autos, alimentos (y demás “cosas”) inteligentes, de alguna manera hemos transferido nuestra propia inteligencia a esas nuevas creaciones “inteligentes”. En la búsqueda interminable de la comodidad y la plena satisfacción (sobre)tecnologizada hemos creado todos estos artículos, olvidándonos por mucho que el verdadero desarrollo es el del binomio (realmente monomio) ser humano-naturaleza y no el de los objetos.

Cuando hemos transferido parte de nuestra inteligencia a esos artilugios, también hemos reducido, menguado de alguna manera nuestra propia inteligencia, pues cuando menos hasta el momento, la verdadera “inteligencia artificial” aun está por generarse y en cambio al producir todos estos artefactos seudointeligentes hemos creado circunstancias muy propicias para nuestra flojera física y pereza mental. Pensamos menos, cuando la mente para desarrollarse en sanidad requiere ejercitarse. Recordemos que inclusive la inteligencia sigue sin una definición plena, una mundialmente aceptada y elaborada, además de una definida en términos humano-críticos.

Hasta hoy, cada vez que transferimos tareas “molestas” a un aparato o dispositivo que las ejecute vamos recortando nuestros ejercicios mentales y la misma mente se debilita, se entorpece. Se pierde capacidad de raciocinio, fuerza de pensamiento, profundidad psíquica. Nos tornamos seres superficiales instalados “acogedoramente” en lo somero de la cotidianidad. El cerebro y demás órganos se acostumbran a las cosas simplistas (a las simplificaciones y en los casos extremos, a las sobresimplificaciones), a lo más elemental, una vida principalmente visual inmersa en el enorme orbe de imágenes que se nos “obsequia” (pero que tiene precios y costos ocultos, muy altos). Que la máquina “piense” por nosotros. Que las computadoras y robots resuelvan los problemas y hasta decidan que comeremos y vestiremos hoy. Si esto llega a suceder con cosas o asuntos más materiales ¿qué podemos esperar de la espiritualidad y/o de la conciencia?

Podemos cometer un error en el siguiente enunciado pero si aceptamos a nuestros órganos del pensamiento como un sistema hasta cierto punto cerrado, entonces, aunque parezca *a priori* una exageración, la transferencia de nuestro *stock* propio de inteligencia hacia toda una suerte de aparatos-dispositivos (*software* y *hardware*), se significa como una cierta pérdida de la misma, dado que ésta no retorna a nosotros. Quizás sólo en algunos casos esa transferencia de inteligencia hacia los objetos, potencie la nuestra, pero no hay evidencia consumada e irrefutable sobre ello, al contrario: no son pocos los autores serios que señalan el proceso de estupidización en el que estamos todos involucrados y en el que estamos viviendo todos, ahora y desde hace tiempo, por medio del cual el sistema se asegura la docilidad de las masas (Duque, 1984).

No obstante, creemos que el caso generalizado es el antes señalado, es decir, nuestro sistema orgánico (y negentrópico) de inteligencia pierde en esa transferencia y la podemos detectar en muchos de nosotros y en cualquier elemento o individuo de la sociedad, nuestra u otra. Lo podemos ver en el hecho de que toda esta ciclópea “parafernalia” de objetos inteligentes no ha generado mejoras en el raciocinio de los pueblos, al contrario, lo alletarga, lo alienta a la pasividad; desorienta y nos postula cada vez más como operadores sistémicos deshumanizados ordinariamente, nos hace seres unidimensionales al modo de lo anotado por Marcuse. Paralelamente, ante un velo que dificulta la visión, hemos “olvidado” que históricamente el ser humano ha sido “esclavizado” por sus propias creaciones, materiales o psíquicas.

Simultáneamente esta transferencia de inteligencia hacia los objetos, crea ambientes tan artificializados que tienden más, a cada momento, a separarnos del mundo real y del puramente físico, léase natural (en este caso mero). Pero a la vez nos va llevando mediante este proceso de deshumanización a la desincorporación social. Incrementa tremendamente el individualismo fomentando en agudeza la exclusión, el egoísmo negativo, poderoso soporte del sistema en operación. Este egotismo se nutre a la vez de los demás elementos del sistema. Se retroalimentan en un círculo cuasi perfecto, ese círculo vicioso que nos ha llevado al estado, institucionalizado, de crisis en el que vivimos hoy, en medio del temor, la inseguridad y la incertidumbre generales.

CAPITALISMO-NEOLIBERALISMO E INSOSTENIBILIDAD

El mundo capitalista no es nuevo. Ha evolucionado presentando diferentes etapas o fases hasta llegar a la actual conocida como la neoliberal o del hipercapitalismo (Ornelas, 2000), considerada por muchos críticos como la etapa terminal, un capitalismo en decadencia o descomposición (pero se ha manejado así por muchos años), también la más sobrecargada y la más absurda por sus excesos antinaturales y antisociales.

Una de las leyes capitalistas es la de la acumulación, principio, proceso y fin de todo este modelo. Otra de sus leyes es la monopólica, es decir la desaparición de los competidores para ejercer el dominio absoluto de la producción en una cierta rama (o en todas: “monopolio absoluto”). Empero, existe otra ley capitalista no reconocida por este sistema pero sí por sus críticos, la de la insostenibilidad del modelo: por definición el modelo capitalista es insustentable, insostenible; es agotador, exterminador *per se*, termina

por consumirse a sí mismo habiendo consumido antes todo lo que encontró a su paso. Es un leviatán sistémico. Como lo indica O'Connor (1998): el deterioro ambiental (propio del sistema, insertamos nosotros) mina las propias bases del sistema capitalista de producción.

Este modelo es tan falaz que supone acumulación perpetua e ilimitada basada en un *stock* de recursos recortado en el tiempo y en el espacio, algo prácticamente en lo absoluto contrario a los procesos evolutivos naturales y a la razón más elemental.

Aunque aquí cabe algo más que la contraposición con la evolución natural de parte del capital neoliberal, ya que es conocida la tesis marxista tradicional de la subsunción del trabajo al propio capital (Marx, 2001) y de ahí, sin “mayores merecimientos” puede derivarse otra visión paralela que dice sobre la misma subsunción de la naturaleza a las “necesidades” del capital. Donde los recursos naturales son vistos como simples objetos para la explotación del capital, como bien anota Leff (2005), para asentar la tendencia procapital de “patentar la vida” (Díaz, 2009), lo que dice, una “segunda naturaleza” no muy parecida a la primera, o sea, a la naturaleza “original”.

Así, por su propia estructura y operación el modelo ha fastidiado a la humanidad donde unas cuantas decenas de gentes vienen siendo “dueñas” del planeta completo y determinan hasta lo que tenemos que comer o usar y peor todavía, sentir, pensar, desear, imaginar, soñar; mientras millones y millones son desposeídos y miles mueren a diario de hambre-sed y, de padecimientos bastante curables y prevenibles. El capitalismo-neoliberal incluso nos “enseña” otro concepto de lo que es la naturaleza “definiéndola” como un agregado de bienes y servicios ya interiorizados en los sistemas económicos (Smith, 1990). Asimismo aplicando una racionalidad que separa los recursos naturales de otros componentes “no valiosos” (las comillas son nuestras) de la naturaleza que no son capaces de servir como fuentes de valorización capitalista (Altvater, 2009).

En esto no hay manera de observar ni un soplo de sustentabilidad ni tan sólo de humanismo y menos de uno crítico.

Por supuesto, los principios o valores del capitalismo neoliberalista nada tienen que ver con la ética humana crítica ni con la humanidad de los individuos ni de los colectivos sociales. Es un modelo hecho para sangrar al ser humano común y para poseerlo todo en nuestro bello planeta azul mientras esto le signifique una ganancia al sistema, aunque mínima pero por hoy, irrenunciable. Sin embargo, tenemos que tomar en consideración que los “*think tanks*” del sistema dominante impuesto han hecho modificaciones de contingencia para renovar sus acciones y postulados, para ello asumen distintas posiciones según las circunstancias temporales y entonces llegan a proponer como lo señala Sen (2009) hasta un capitalismo “con mayor conciencia social”: los resultados son los que conocemos, sin agregar más.

El modelo impuesto va más allá y llega muy lejos y crea, recrea y cría sus ajustes para irse acomodando a los avatares emergentes. No se reduce y mejor toma los problemas socioambientales como oportunidades nuevas de hacer “buenos” negocios y surgen las “industrias verdes” y el famoso *marketing* ecológico (Calomarde, 2000) con un capitalismo neoliberal supuestamente más “naturalizado”.

Pero como todos sabemos, este planeta que habitamos y que goza de la maravilla de la vida, ecológicamente es un sistema bastante cerrado y con límites físicos en todos sentidos. Estas dos condiciones naturales bloquean, entorpecen el desarrollo del neoliberalismo que de hecho es contranatural, y llevan a la humanidad a un sin fin de contradicciones, desequilibrios, intolerancias, confrontaciones y violencias. Baste señalar el problema de la pobreza y la miseria donde decenas de países tienen la mayor parte de sus poblaciones en calidad de pobres y pobres extremos (como si no fuera suficientemente malo el ser “simplemente” pobre) dando al traste con la propuesta de Sen (2000) de poder observar al desarrollo como libertad. En tanto que en el rubro de las violencias (aceptando también a la pobreza y miseria como formas potenciadas de violencia) no hay día que no muera una persona en una de tantas guerras en el mundo, sean declaradas o soterradas: vivimos en medio de la muerte por violencia y la aceptamos por costumbre como algo “natural” y, los entes fascistas lo consideran una necesidad para la regulación poblacional mundial en revivificaciones de marcos neomaltusianos de “entendimiento y acción”.

El pensamiento clasista-fascista neoliberal (y de otros modelos precedentes) indica que la población tiene que ser sobrecontrolada y que no sólo debe detenerse su crecimiento, sino que debe ser reducida. Son esas enormes poblaciones depauperadas e indígenas e indigentes las elegidas por “selección natural-social” (“darwinismo social” le asumen) las que deben ser descontadas para que los económica y tecnológicamente más fuertes sigan adelante y “a todo vapor” con sus trenes de vida de lujo, dispendio, placer y poder: en veranos y “vacaciones” perpetuos. Son ellos el nuevo pueblo de Dios, los elegidos de hoy por el Señor. Para sumar acumulativamente más y mayores violencias que asumimos nosotros pero a la vez para reforzar las diferencias conflictivas y generadoras de conflicto, para lo cual podemos también recalcar en el concepto de Martínez (2005) de los “conflictos ecológico-distributivos” que habla sobre la inquietante disparidad del efecto perturbador del ambiente natural dado por la explotación (que así vista es más bien expoliación) que hace el economicismo neoliberalista, aunque ya igualmente desde antes de él.

Cada día se ve más claro que “el hombre es el lobo del hombre” en esta guerra de todos contra todos y contra todo. Contra la vida misma. El neosistema del liberalismo, neoliberalismo, es ducho en desentenderse de las meras cualidades de la vida que Monod (1989) apunta: teleonomía, morfogénesis autónoma e invariancia reproductiva a las cuales atenta directa-indirectamente con la búsqueda tecnocientífica de la creación de vida artificial en general y de inteligencia artificial en particular.

Ante un panorama tan inhumano e irracional hablar del desarrollo social es cosa de mito, es utopía y quizás hasta de chacota. Un modelo existencial neoliberalista difícilmente podrá generar, y ni tan sólo promover, el verdadero desarrollo social. Esta es una ley económica también porque la acumulación es contraria a la distribución equitativa, justa y legítima. Misma que queda cancelada por las tendencias y aplicaciones de las tecnociencias “de punta” que cobran mayor envergadura en sus rubros biotecnológicos y de patentes sobre lo natural. Rubros que vuelven mercancía a lo que es patrimonio común de la humanidad simultáneamente con el hecho de transformar los beneficios producidos en derechos de propiedad (Shiva, 2003) para los poderosos en general y más en específico

para las grandes empresas-consorcios transnacionales (Chomsky y Dieterich, 2004), “el verdadero poder tras el trono”.

Siendo así, nos queda a nosotros, los no poderosos, los no capitalistas-neoliberalistas, el pensar en la transformación de tal estado de cosas. Buscar las formas, principios, procesos, medios, metas, objetivos y resistencias que aporten el cambio de cosmovisión y cosmoproducción. Por supuesto que ningún modelo de vida puede prescindir de sus propios dictados económicos. No estamos contra la economía, sí estamos contra el economicismo y más contra este economicismo brutal de la actualidad que resulta letal para las sociedades y los grupos comunitarios, no se diga ya de las demás partes bióticas y abióticas de los ecosistemas planetarios todos.

La búsqueda de un modelo o de otros modelos de desarrollo, de modelos alternativos de existencia es una nueva “necesidad” verídica, valedera, real, apremiante, pero de buena vez, queremos dejar hincada nuestra aseveración de que el ser humano es más (y mucho más) que sus necesidades: el ser humano no es un “manejo vivo de necesidades permanentemente crecientes e insaciadas”, como lo asume el reduccionismo típico de los modelos liberalistas de producción-productividad-competitividad. Un reduccionismo que es señalado como observar o determinar los sistemas (entre ellos los ecosistemas, anotamos nosotros) dados por los mismos constituyentes básicos, sin relación entre sí, atomizados como lo indica Shiva (1995).

Se habla ahora del desarrollo sustentable o sostenible (Aledo y Domínguez, 2001) y se hace lectura casi bíblica del Informe Brundtland, donde se “consagra” la propuesta de este desarrollo sustentable como el modelo “alternativo” de desarrollo para ser probado, aplicado. Desafortunadamente el mismo informe no es claro y para nada establece con seriedad formal (¿lógica?) lo que tal desarrollo es. Aún más, llega a proponer a ese tipo de desarrollo como factible dentro de un marco económico de corte capitalista, lo cual desde luego es una falacia que le ha costado críticas sumarias a tal informe y a tal propuesta.

Desentendiéndonos un poco de los Brundtland y sus falacias (cuando menos factibles falacias), de todas maneras nosotros estamos ocupados y preocupados por un desarrollo existencial alternativo que disponga de condiciones mucho más humanas, dignas y equilibradas para el gran bloque social de este mundo en proceso de globalización, aunque la misma idea de la “aldea global” no nos mueva a cortejo.

No de manera acrítica (Torres, 1999) estamos siendo copartícipes de la propuesta de desarrollo más de moda. Nos estamos adhiriendo al *track* del desarrollo sustentable aunque no dejamos de revisarlo y cuestionarlo. Nos interesa probarlo y rectificarlo; puede haber otros modelos, otras propuestas, acaso un retorno hacia el socialismo real, no virtual y menos el burocrático y dictatorial de tristísima memoria para muchos. En fin, sabemos que puede haber más propuestas de desarrollo, nosotros queremos observar ésta del desarrollo por vía de la sustentabilidad.

En parte de ello se trata el presente escrito cuya principal intencionalidad es semblantar el cariz ético de esa pretendida y hoy tan ansiada-famosa sustentabilidad. Por ello culminaremos nuestro texto con algunas ideas que reformulan el tipo de hombre nuevo

que soportará (o soportaría) la sustentabilidad del nuevo modelo con su eticidad reformada de manera tal, que contribuya a revertir el estado lamentable de nuestro mundo actual.

EL HOMBRE DE LA SUSTENTABILIDAD Y SU ÉTICA: UN LÍMITE PARA EL NEOLIBERALISMO

El hombre automatizado de hoy, insomne en medio de un mundo cambiante, acelerado, agresivo de una sociedad compulsiva (Llano, 2004) que por momentos resulta absurdo, difícilmente logra percatarse de las condiciones subyacentes del proceso de desasimilación societario en el que se encuentra y el que en general padece. Bajo los influjos y reflujos de la cosificación materialista este hombre no puede actuar por sí mismo y, menos puede hacerlo en grupo por la atomización sufrida y por el propio rompimiento interno que las personas sufren, por lo tanto no es ahora, por el momento él mismo un vector, un vehículo del cambio hacia el paradigma de lo sustentable. Menos de la sustentabilidad deseable si lo que se quiere perseguir finalmente es el desarrollo (Calva, 1996).

Se plantea de este modo obvio, la necesaria y retardora transformación de este hombre a uno “nuevo”. Un hombre que se corresponda y mimetice con el perfil de Camus (Daniel, 2000): un pacifista que no niegue la lucha armada si es precisa en el momento preciso. A la vez que un hombre revolucionario (en ideas, actitudes, comportamientos, acciones) que deteste la violencia y la sangre derramada pero que se avergüence de no practicarlas cuando son requeridas. Un hombre socializado que se niegue a sacrificar las presentes generaciones sólo para preparar la “felicidad” de las futuras. Un hombre que respeta lo sagrado, lo religioso y lo espiritual, pero que no participa en la sacralización-endiosamiento de los sujetos y menos de los objetos; que no acepta las promesas de vida plena y dichosa sólo después de la muerte, en “el más allá”.

Un rebelde constructivo que practica el antifascismo y el antitotalitarismo cualquiera que sea su fuente. Un hombre para quien la oposición en la modernidad última, entre libertad e igualdad no tiene sentido, pues la una no existe sin la otra. Un hombre proyecto para quien la fascinación por la muerte tan cara a tantos fanáticos religiosos e ideológicos, recuerda la maldición de la humanidad y con ella, la de la naturaleza: el hombre es naturaleza. Un hombre que como ha sido reconocido en otros momentos y puntos, es una construcción sostenida e histórica, una construcción en marcha, digamos, prácticamente eterna. Hombre y mujer y “hombremujer” que es vida y da vida y que se construye a cada golpe de cada día, que se ha sostenido pero no ha logrado la sostenibilidad; idea nueva, reciente y también en elaboración.

El hombre de la sustentabilidad dará vida a su propia conciencia y recreará las condiciones para generar y regenerar la conciencia de especie, de su propia especie. Esta conciencia especietaria (neguentrópica, es decir, re-originada) no sólo le permitirá recobrar una concepción primigenia del ser humano, que ya casi borró: su pertenencia al mundo natural (parte intrínseca de su identidad hasta sencillamente biológica). También conducirá al hombre nuevo a restablecer un comportamiento solidario con sus semejantes vivientes (humanos o no) y no vivos y a construir una ética de la supervivencia basada en la cooperación, la comunicación y la comprensión de la realidad compleja, acosando al

eclecticismo amordazante y desvinculante, dándonos cuenta de que “el todo” es más pero a la vez puede ser menos que la suma de las partes (sinergismo).

Lubricando, entonces, el movimiento de neocreación del mismo ser humano con las sensibilidades y con los deseos de ser, lo que dice, la formulación sensible de un proyecto existencial personal que devenga en proyectos humanizados críticamente y que postule al ser humano en derroteros de verificación de una vida digna de vivirse, por medio del logro de hacer trascender lo meramente individual de su proyecto personal, fincándolo en territorios del proyecto masivo, del proyecto colectivo de las sociedades edificadas en la definición de destinos regulares pero también, comunes, o sea, compartidos y hasta mutuos, no de competencias ni de competitividades sino de luces: la mismidad dada por medio de la otredad, o en otras palabras, el ser uno mismo mediante el acopio responsable, libre, consciente y digno del otro, de los otros.

Luces reelaboradas más allá de los planos pragmático-utilitaristas, en este caso, más seculares pero sin olvidar la alta belleza de las nociones espirituales y hasta la poética de las derivadas religiosas cósmicas (viendo al “cosmos” como lo plasma la propia palabra, es decir, orden, belleza, decencia): intentando entender un poco mejor a Lucifer y a Luzbel para ya no dañar y auto dañarnos con miedos y temores surgentes de ellos (el mal o fuentes del mal o representaciones del mal), más bien interpretándolos en su sentido etimológico; “el portador de la luz” y la “luz bella”, visiones que mueven acercamiento, no distancia ni rechazo y conllevan sustentabilidad al admitir mayor contacto intimista, no intimidante, aunque sea reduciendo éste último carácter y combatiendo con agudeza mental, espiritual y física los entuertos “diseñados” por la razón instrumental, buscando su rebase o cuando menos, su delimitación y limitación (probablemente otra forma de limitar al neoliberalismo).

La conciencia de especie opone una visión que fomenta un cambio radical en los sistemas de valores, en los estilos de vida y en los mundos de vida.

Para este hombre nuevo parte esencial de la sustentabilidad es la tolerancia y el respeto a lo diferente; incluso el fomento a esta diferencia es uno de sus valores, si entendemos al menos en este punto, por valor, a lo que Hirsch (1998) retoma como: “la concepción de lo deseable que influye en el comportamiento de lo colectivo”, metamorfoseándonos (hasta metabólicamente) para contrarrestar lo malo de la lógica (¿ilógica?) de lo emotivo que ha llevado tantas veces hasta al genocidio y, para atacar y aplacar el mundo dado por la pérdida, tomada ya como suerte de “ley social”, de los meta relatos, los grandes relatos, las utopías tan caras a lo humano pero tan necesarias a la vez, que el capitalismo desde antes y ahora el neoliberalismo nos han arrancado.

Bajo esta conceptualización del valor o de los valores, la ética del hombre de la sustentabilidad se fragua directamente en el entendido fundamental de que la naturaleza ya no puede ser pensada sin la sociedad, tanto como ésta no puede pensarse más sin la naturaleza, ámbitos donde contingentemente o no, se tiene que dar la lucha por la emancipación de la vida y de lo vivo, lo cual anticipa el enfrentamiento del relativismo álgido que ha imperado en los últimos tiempos con la supuesta validación por igual de todas las expresiones habidas y por haber: precisa y exactamente, relativismo.

Aunque hay ecos que pronuncian las posibilidades del retorno a modos de vida pasados, muchos otros se oponen totalmente a este tipo de proposiciones y llegan a descalificar la viabilidad de los “retornos históricos”. Nosotros no negamos la oportunidad de un retorno y nos inclinamos a repensar en una nueva y valiosa oportunidad para el socialismo pero uno que se ubique y gire alrededor de un eje articulador que inicie por aceptar e instruir-instituir al valor de uso por delante del valor de cambio, como lo propone Riechmann (2006).

Podríamos retornar, pero votamos abiertamente por la formación del hombre nuevo que sostendrá el proyecto sustentable de existencia, proyecto fortificado por una línea ética que se ocupe de nuestras disposiciones y acciones, ética que sólo puede referirse a comportamientos y disposiciones conscientes, intencionales, libres, responsables y que involucrará por lo tanto:

Una ética de las creencias, que deberá de referirse a las maneras como la voluntad debe incidir en la justificación, legitimación, adopción y rechazo de las mismas. Una ética de las actitudes, que se preguntará por los valores a los que se debe dar prioridad. Una ética de las intenciones, de los fines que deben fijarse en el proyecto sustentable de vida. Finalmente, una ética de las acciones, que observe la instrumentación de las mismas y las registre y ratifique o rectifique.

Aquí deberán incluirse los aspectos ético-morales de la ciencia y la tecnología, por hoy, tan desatendidos y subdesarrollados. En este tenor, nuestro hombre nuevo propuesto, se preocupará por un modelo productivo donde el metabolismo industrial emule los procesos naturales aplicando la ecología: retomando la principal lección de la evolución biológica natural, es decir, aquella que señala *la calidad del control de la cantidad*.

Una eticidad constituida de esta manera hace prevalecer al hombre y respalda su evolución como ser biológico y natural, lo hace consciente y responsable reanimando espacios de nuevas subjetividades, neoestimuladas y neoestimulantes, por un costado de las meras egomanías. Siendo consciente y responsable será entonces capaz de derechos y deberes. Sus derechos están indicados en la Declaración de los Derechos Humanos conocida. Sin embargo, un primer deber para el individuo humano en traslación hacia la sustentabilidad y en su devenir como persona humana, es el contribuir en su grupo social a fundar y hacer prevalecer los fines y valores más altos. Esto puede interpretarse como la contribución consciente y libre del individuo a la facultación de los fines que, de hecho, mantienen integrada a la sociedad, que le otorgan un sentido colectivo y representativo y que permiten la realización de valores sociales compartibles y compatibles con la sustentabilidad, mismos valores que retroalimentan los valores más personales de la gente en su propia intimidad-privacidad necesarias, atacadas por la promiscuidad y el exhibicionismo cínico de nuestra época contemporánea de una sociedad mundial permisiva desviada.

El (hombre) que ahora es un operador sistémico fabricado a modo por el pensamiento socioconformista (Roitman, 2003), mediante su participación en la formación

del modelo sustentable de vida, se verá transformado o reconvertido en ser humano, persona humana y aun dentro de este proceso se dará cuenta de que los posibles conflictos entre principios éticos surgen más de su aplicación que de los mismos principios y en consecuencia, bajo una acción razonada será más tolerante, dialogante, perseverante y, sintiéndose parte de los fines y procesos, sintiéndose en libertad reedificante otorgada por el grupo en formación sustentable (mismo al que está dando gestión) será más creativo y solidario, elementos humanos cegados y segados por el capitalismo neoliberalista y sus derivaciones contextuales: el nuevo hombre, que más que hombre, ser humano, será uno éticamente permeado dentro de una auto valoración de sí mismo como una persona humana autocognoscente, por tanto, dispuesta al parlamento y a la intervención copartícipe responsable.

Preasumiendo una plataforma de lanzamiento, todavía dentro del marco de la posmodernidad, de lo moral como connatural de los sujetos (remarcando el término sujetos como “sujetos a” toda una gama de situaciones y consideraciones que somos los seres humanos, hombres o mujeres) y, acunándonos amorosamente, eróticamente en suaves planos matizados que avalan la panorámica ética y etológica como especie natural biológica (que también somos) de tomar la estructura previa de colaboración, empatía, solidaridad que los humanos sostenemos pese a todos los pesares dados y contruidos, tan sobrecargados como sobreinformados en la sociedad actual supuesta “la de la información-comunicación”, pero donde se ha desconocido formalmente (de facto), la capacidad humana de simpatizar con los otros y, no solamente eso, sino hasta llegar a imponerse la ausencia de la posibilidad de colocarse en el lugar del otro, lo cual en el pragmatismo presente es ya una prohibición establecida desde tiempo atrás, obstruyendo las ocasiones de verse uno mismo en la faz del otro: no somos capaces ya de ver nuestro rostro en el rostro de los demás, nos han roto y dividido. Tenemos que enmendar esto con una nueva ética propia del nuevo hombre coasociado de la sustentabilidad lo que implica a su vez una nueva capacidad de verse uno mismo “en medio del medio” y sin miedo.

El hombre nuevo luchará abiertamente desde su base ética contra el hombre sistémico y contra el pensamiento del sistema, empleando y aplicando los sentimientos (buenos, humanos, trascendentes, conscientes, responsables), tan castigados y relegados en nuestra época derrotando de ser posible a la insustentable indiferencia, de sí perniciosa.

Así, la ética que estamos proponiendo para el nuevo hombre, una nueva ética reformada se puede asumir como un verdadero límite al neoliberalismo, incluso desde una plataforma de pensamiento científico, desde el plano de la misma matemática (“La Ciencia”, “El Conocimiento”).

En la matemática se tiene el concepto de límite de una función (una función matemática) y se puede entenderle como el valor o punto al que tiende la función estudiada cuando su variable independiente tiende a un cierto valor o punto de interés o importancia (esto puede verse en cualquier libro de Cálculo Infinitesimal).

Aplicando la lógica correspondiente proponemos trasladar esos términos eminentemente matemáticos a nuestro caso del hombre, el hombre nuevo, de su ética nueva y del neoliberalismo. Entonces se tendría aquí la siguiente construcción mental para nuestro

caso específico (solamente una propuesta): tomando por la variable independiente al hombre y por la función estudiada al neoliberalismo, mediante la aplicación metodológica correspondiente para el cálculo de los límites en la matemática, asumiríamos al hombre como la variable que es modificada, o sea, que va cambiando pero la tendencia dentro de la función que es el neoliberalismo para nuestra variable es irse acercando a cero.

Dentro del neoliberalismo lo que crece en general es la productividad, la competitividad, el consumo, algunos rubros económicos, las crisis y demás, pero lo que es el ser humano, lo meramente humano y lo más humano sufre un proceso continuo-discontinuo de disminución. Se va reduciendo con tendencia a desaparecer. Las personas nos vamos haciendo máquinas, nos vamos deshumanizando. Por ello en nuestro ejercicio mental propuesto establecemos que el hombre tiende o se acerca a cero. La nada o la inexistencia. El no ser e incluso el no estar.

Siguiendo la metodología para el cálculo matemático de los límites encontraríamos (según nuestro análisis y propuesta: hipótesis) que el resultado del cálculo es la nueva ética.

Resumiendo tendríamos la siguiente aseveración: “el límite del neoliberalismo cuando el hombre tiende a cero es la nueva ética”. Que también puede plantearse como: “a medida que el hombre va desapareciendo el neoliberalismo encuentra su frontera extrema en la nueva ética”. Pero asimismo podría aceptarse la interpretación siguiente: “cuando el hombre se acerca a su desaparición el neoliberalismo se enfrenta a la barrera limitante de una nueva ética. En cualquiera de las tres presentaciones de nuestra aplicación “matemática” del límite del neoliberalismo el complemento es que a través de la nueva ética, emergerá el hombre nuevo, nuestro hombre proyecto para la sustentabilidad socioambiental.

Como la función “neoliberalismo” es altamente compleja y puede “construirse” con “n” variables y constantes asociadas de muy distintas maneras, que seguramente no son “lineales”, entonces tenemos que simplificar y postular que la variable principal de tal función es el propio hombre. Al mismo tiempo, estamos suponiendo que el hombre es la variable independiente en razón de que el ser humano tiene las características necesarias y suficientes para auto determinarse, por ello le tomamos como “independiente” ya que el ser humano puede decidir el rumbo que desea continuar o buscar. Ulteriormente, consideramos en nuestro ejercicio matemático mental propuesto, al hombre como variable debido a que con su capacidad de decisión, acción y pensamiento puede surgir más de un “tipo” de hombre, como es en realidad, quizás baste con observar la gran diversidad sociocultural e individual que los humanos tenemos.

La matemática como ciencia seria, importante ayuda a los procesos de abstracción y ayuda mucho en la visualización abstracta de las realidades. Para ello recurre muy comúnmente al empleo de variables, constantes, símbolos, operaciones y códigos y, en un paralelismo el sistema dominante hace lo propio: recordemos que una de las metas del sistema es la matematización de la vida y de la existencia, así como la mera matematización de la realidad. En el entendido de que si son matematizables, entonces serán mucho más manejables, tal vez hasta predecibles y programables, “denme un punto de apoyo y moveré el mundo”, conocido y reconocido postulado modernista.

Así, el sistema requiere asumir códigos y referentes sistémicos para acciones específicas previamente diseñadas, probadas, aprobadas y por lo tanto deseadas. Estos deseos son coincidentes con los códigos fundacionales-centrales del sistema del capital: poder, dinero, verdad, amor como lo ha señalado Luhmann (1996). La eticidad naciente y refundada del hombre de la sustentabilidad lo capacitará para enfrentar estos códigos sistémicos, aposentados como símbolos, fetiches y referentes obligados, únicos y exclusivo-excluyentes para la existencia del operador sistémico, operador del pensamiento simple, del pensamiento lineal, el “prosumidor”.

Nuestro hombre proyecto podrá “ver la luz al final del túnel sistémico” y será capaz de reubicar, redimensionar esos referentes, revalorarlos y tomar o negar de ellos la porción que su libre conciencia permeada por la sustentabilidad le indique. Igualmente podrá ver con cierta facilidad que esos cuatro referentes no son necesariamente los únicos y quizás tampoco los mejores para darle sostén y sentido a su vida particular, desmintiendo el postulado moderno-posmoderno de que el discurso antiguo y actual de la Filosofía no sirve más y, recuperando la fuerza suficiente para mostrar primero y demostrar después, que la propia Historia no ha terminado, pero todavía más, en la sensible sensación humanitaria de por fin, descentrar el proceso evolutivo de lo llanamente antropocéntrico para dar lugar a buenos sucesos como el avance legal en Ecuador, donde la Constitución 2008 de aquel país reconoce derechos a la naturaleza (Gudynas, 2009), algo “imposible” apenas “hace un rato”.

Finalizaremos nuestro planteamiento acudiendo a algunos señalamientos *ad hoc* del “Manifiesto por La Vida” (2002) puesto que es necesario recordarlos constantemente para reanimarlos y revisar su validez y pertinencia:

1. La ética de la sustentabilidad es la ética de y para la vida. Es una ética para el reencantamiento y la reerotización del mundo, donde el deseo de vida reafirme el poder de la imaginación, la creatividad y la capacidad del humano para pensar lo impensado, para construir el porvenir de una sociedad convivencial (*no necesariamante global, agregamos nosotros*).
2. La ética de la sustentabilidad entraña un nuevo saber capaz de comprender (*y comprender, añadimos nosotros*) las complejas interacciones entre sociedad y naturaleza. El saber ambiental reenlaza los vínculos indisolubles de un mundo interconectado de procesos ecológicos, culturales, tecnológicos, económicos y sociales. Saber de la complejidad de los sistemas humanos y ecológicos.
3. La justicia social es condición *sine qua non* de la sustentabilidad. Sin equidad en la distribución de los bienes, servicios (*y responsabilidades, complementamos nosotros*) ambientales no será posible la construcción de sociedades ecológicamente sostenibles y socialmente justas.
4. La ética para la sustentabilidad va más allá del propósito de otorgar a la naturaleza un valor intrínseco universal, económico o instrumental. La bioética debe ser gobernada por un sentido ético de su potencia transformadora de la vida.

5. La ética implícita en el saber ambiental recupera el “conocimiento valorativo” y coloca el conocimiento dentro de la trama de relaciones de poder en el saber. (*Esta ética supone el rechazo de la hoy multi referida “sociedad del conocimiento”, insertamos nosotros*).
6. La ética para la construcción de una sociedad sustentable conduce a un proceso de emancipación que reconoce con Freire, que nadie libera a nadie y que nadie se libera sólo. Los seres humanos se liberan en comunión.
7. La ética de la sustentabilidad es una ética de los derechos fundamentales que promueve la dignidad humana como el valor mayor y condición fundamental para construir las relaciones del hombre con la naturaleza. Ética de la solidaridad que rebasa el individualismo para fundarse en el reconocimiento de la otredad y de la diferencia. El bien común es asegurar la producción y procuración de justicia para todos, respetando lo propio de cada quien y dando a cada cual lo suyo (*principio socialista, remarcamos*).
8. Sólo un juicio moral puede dirimir y superar las controversias entre juicios racionales igualmente legítimos.
9. El futuro sustentable sólo será posible en un mundo en el que la naturaleza y la cultura continúen coevolucionando.
10. La ética de la sustentabilidad abre los cauces para recuperar identidades, para volver a preguntarnos quiénes somos y quiénes queremos ser. Es una ética para mirar y volver a nuestras raíces (*es la ética del hombre nuevo, que es el hombre de siempre, el hombre histórico que siempre hemos sido y el hombre que el pensamiento sistemista-neoliberalista ha querido vencer, ha querido eliminar; es nuestra complementación*).

El hombre de la sustentabilidad desintegrará los símbolos y códigos sistémicos para emplear como sus herramientas más comunes y cotidianas al pensamiento responsable y la acción individual y social razonada, en un raciocinio sencillamente ambientalizado, es decir, humano-crítico, donde la ética y la moral serían una suerte de “bella música” de enlace, acompañamiento y ambientación de la actuación humana dentro de la sociedad y con miras hacia lo planetario y lo extratelúrico (de ser posible y pensando sanamente que lo imposible llega a hacerse posible cuando se lo intenta repetidamente). Introduciendo, ulteriormente, un poco a las dimensiones del arte y de la ciencia que tienen sendos referentes en nuestra temática agregándonos a la posición de Toharia (2007) sobre que la moral no es patrimonio exclusivo de los moralistas sino de toda persona.

El firmamento científico tiene su rol y propio peso en el complejo entramado de las concepciones ético-morales, esfera de pensamiento que permite alojar las consideraciones últimas que las distintas ciencias van forjando y planteando en el devenir desarrollo de sus disciplinas y metadisciplinas. Empero, también considerando que cuando menos hasta

ahora, los problemas de la humanidad no han sido resueltos con la aplicación de más ciencia y más tecnología, lo que brinda un portal de entrada para avizorar que es menester tomar y retomar las cuestiones ético-morales (Piñón, 2002 y 2003-2004) en nueva fuerza y nueva perspectiva para entrar a la “guerra” (soterrada o abierta) por la sobrevivencia humana y ecosistémica total del mundo: una “alquimia” más que física, mental. Reconociendo al mismo tiempo el propio papel de la ética y de la necesaria diversidad cultural (Olivé, 1993).

COROLARIO

La ética de la sustentabilidad es la ética del hombre nuevo, una renovada matriz para el mismo, la misma ética que procreará las formas, medios y fines de nuestro verdadero y valedero “futuro común” demostrando que sí es posible vivir juntos. Ética que se significa como un límite natural-humano para el neoliberalismo impuesto y dominante que no aceptamos más. La naturaleza es otro límite para el neoliberalismo parafraseando un poco a Marx cuando señalaba que los límites del sistema están en el mismo sistema.

BIBLIOGRAFÍA

Aledo, A.; Domínguez, J.: Sociología Ambiental. México. Grupo Editorial Universitario. 2001.

Altvater, E.: La Ecología desde una óptica marxista. Curso de Ecología política en el capitalismo contemporáneo. Buenos Aires. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. 2009.

Bauman, Z.: Modernidad líquida. Argentina. Fondo de Cultura Económica. 2006.

Bauman, Z.: Vida de consumo. México. Fondo de Cultura Económica. 2007.

Calomarde, J.: Marketing ecológico. Pirámide/ESIC. Madrid. 2000.

Calva, J.: 1996. Sustentabilidad y Desarrollo Ambiental. Tomo II. PNUD. México. J. Pablos Editor. 1996.

Castoriadis, C.: Ciudadanos sin brújula. México. Ediciones Coyoacán. 2002.

Cervantes, L.: Los Valores Políticos. México. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. 1991.

Chomsky, N.; Dieterich, H.: La sociedad global. Educación, mercado y democracia. México. J. Mortiz. 2004.

- Daniel, J.: Perfil: Albert Camus. México. Letras Libres. Año II. No. 14. 2000.
- Foucault, M.: Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber. Madrid. Siglo XXI. 1998.
- Díaz, L.: Biotecnología y Globalización. Curso. Ecología política en el capitalismo contemporáneo. Centro Cultural de Cooperación Floral Gorini. Buenos Aires. 2009.
- Duque, A.: El suicidio de la modernidad. Una revisión crítica de la cultura contemporánea. Barcelona. Bruguera. 1984.
- Eco, U.: Apocalípticos e integrados. México. Tusquets. 2009.
- Gudynas, E.: El mandato ecológico. Derechos de la naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución. Quito. AbyAyala. 2009.
- Hirsch, A.: México: Valores Nacionales. Visión panorámica sobre la investigación de valores nacionales. México. Gernika. 1998.
- Islas, O.: El prosumidor. El actor comunicativo de la sociedad de la ubicuidad. México. Razón y Palabra. No. 61. 2008.
- Leff, E.: La geopolítica de la biodiversidad y el desarrollo sustentable. Buenos Aires. Revista del Observatorio Social de América Latina. No. 17. 2005.
- Llano, C.: Los fantasmas de la sociedad contemporánea: compulsiva, permisiva, impersonal, hedonista y anárquica. México. Trillas. 2004.
- Luhmann, N.: La ciencia de la sociedad. México. Universidad Iberoamericana. 1996.
- Manifiesto por La Vida. Por una Ética de la Sustentabilidad. Bogotá. 2002.
- Martínez, J.: Los conflictos ecológico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad. Puede verse en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=22206>.
- Marx, K.: El Capital. Libro I. México. Siglo XXI. 2001.
- Monod, J.: El azar y la necesidad. Barcelona. Tusquets. 1989.
- O'Connor, J.: Natural causes. Essays in ecological Marxism. Guilford Press. Nueva York. 1998.
- Odum, E.: Ecología: El vínculo entre las ciencias naturales y las sociales. México. CECOSA. 1987.
- Olivé, L.: Ética y diversidad cultural. México. Fondo de Cultura Económica. 1993.

Ornelas, J.: La ciudad bajo el neoliberalismo. México. Papeles de Población. No. 23. UAEM. 2000.

Piñón, F.: 2002. Filosofía, eticidad y tecnociencia: los conflictos de la modernidad. Casa del Tiempo. Vol. VI. Época III. No. 40. México. Universidad Autónoma Metropolitana. 2002.

Piñón, F.: Modernidad y conflicto de humanismos. Casa del Tiempo. Vol. V. Época III. Nos. 59-60. México. Universidad Autónoma Metropolitana. 2003-2004.

Riechmann, J.: La crítica socialista al capitalismo. En Valencia, A.: La izquierda verde. Barcelona. Icaria. 2006.

Roitman, M.: El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo. México. Siglo XXI. 2003.

Sachs, W. (Editor): Diccionario del desarrollo. Perú. PRATEC. 1996.

Sen, A.: Capitalism beyond the crisis. The New York Review of Books. Vol. 56. No. 5. 2009. Puede verse en: <http://www.ny.books.com/articles/22490>.

Sen, A.: El desarrollo como libertad. México. Gaceta Ecológica. No. 55. INE. 2000.

Sen, A.: La razón antes que la identidad. México. Letras Libres. Año II. No. 23. 2000.

Shiva, V.: Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo. Madrid. Horas y Horas. 1995.

Shiva, V.: Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos. Buenos Aires. Paidós. 2003.

Smith, N.: Uneven development. Nature, capital, and the production of space. University of Georgia Press. Atenas. 1990.

Testart, J.; Godin, C.: El racismo del gen. Biología, medicina y bioética bajo la férula liberal. Buenos Aires. FCE. 2002.

Toharia, M.: El clima. El calentamiento global y el futuro del planeta. México. Debate. 2007.

Toledo, V.: Ecología, espiritualidad y conocimiento. México. UIA-PNUMA. México. 2003.

Torres, G.: Sustentabilidad y compatibilidad. México. Universidad Autónoma Chapingo. 1999.